



XIII

El señor Rias era un hombre muy honrado y había sufrido mucho con el desarreglo de su vida y las perturbaciones de su hogar, para no mirar con tierna satisfacción los días mejores que le dejaba entrever el estilo de aquella correspondencia. Estaba muy lejos de admitir las teorías de la señora de Lorris, que le parecían demasiado impregnadas de parcialidad por su sexo: pero, después de todo, cualquiera que fuese la causa de los errores de su mujer, le bastaba que ella los reconociese y estuviera dispuesta á repararlos. Con su generosidad habitual prescindió de su amor propio, y sin preo-

cuparse de calcular de un modo equitativo las responsabilidades que uno y otro pudieran tener, se resolvió á aceptar francamente y con todo el regocijo de su corazón, la felicidad que otra vez se le ofrecía. Desde luego vió en la instalación de su mujer en el castillo de Fresnes, para cuando él volviese, una intención delicadísima. Allí fué donde se habían visto por primera vez, donde se amaron, donde se casaron; allí era donde debían reunirse nuevamente para recomenzar su vida común y remontarse, por decirlo así, á la fuente de su cariño. Había en este pensamiento algo de tierno y de conmovedor, y el señor Rias se apresuró á poner también de su parte toda la solícita actividad de un recién casado.

Quiso proporcionarse el grato placer de sorprender á su esposa y adelantó dos ó tres días la fecha en que había anunciado su llegada. Pasó varias horas en París, sorprendido del orden exquisito que reinaba en su hotel, y alrededor de las siete de la tarde salió para Fresnes: dos horas después bajaba del vagón en la estación más inmediata al castillo, y como no encontrase ningún coche, dejó su equipaje en la estación y emprendió alegremente el camino á pié.

Era una espléndida noche de primavera dulcemente alumbrada por un cuarto creciente de luna y millares de estrellas. Lionel avanzaba emocionado por aquel camino que antes de casarse con su prometida había recorrido tantas veces, y á cada paso recogía algún grato recuerdo ligado á esperanzas risueñas.

En el parque penetró sigilosamente por una de las alamedas del bosque, y bien pronto apercibió, á través del ramaje, las luces del castillo. Su corazón latía violentamente conforme se acercaba á las ventanas del salón de familia.

Antes de entrar, lanzó una mirada curiosa por los cristales, escudriñando el interior. El deseaba hallarse en esta primera entrevista á solas con su mujer, pero la señora de Rias estaba acompañada, lo que no era extraño, supuesto que no le esperaba.

Su tertulia, sin embargo, no podía ser más modesta ni más honrada: allí estaban su madre, sus dos hijos, su prima la señora de Lorris y el señor Kévern; nadie más. En un extremo del salón las señoras de Fitz-Gerald y de Lorris ejecutaban una sonata en el piano, á cuatro manos. Junto á la chimenea y delante de una mesa, la señora de Rias estaba arrodillada graciosamente sobre una sillita baja y con una mano apoyada sobre la cabeza rubia de su hijo, mientras que su hija aparecía muy cerca, sentada sobre las rodillas del señor Kévern. Todos estaban examinando los grabados de un librote abierto bajo la lámpara, y acerca de los cuales Kévern parecía darles explicaciones muy interesantes, á juzgar por la religiosa atención con que le escuchaban los dos niños y su madre, y de vez en cuando aquellas hermosas cabezas inclinadas se erguían para dirigirle al orador una pregunta ó una sonrisa.

Aquel cuadro no ofrecía ningún barrunto de disipación mundana, y sin embargo el señor Rias experimentó, al verlo, una intensa sensación de

disgusto. Había en la pequeña tertulia, y especialmente en el grupo formado por Kévern y la señora de Rias, algo íntimo y placentero que era indiscreto turbar ni aún con la mejor de las sorpresas.

Lionel se retiró de la ventana haciendo un gesto de mal humor; pero después de dar algunos pasos volvió, y conforme observaba aquella escena de familia, un sentimiento más grave y profundo que el de una leve contrariedad, se iba dibujando en sus facciones, y su frente se contrajo dolorosamente al ver que sus dos hijos, para quienes acababa de llegar la hora del asueto, se abrazaban al cuello del señor Kévern, á quien cubrían de caricias.

En aquel momento trajeron el té. Lionel, creyendo que la señora de Lorris y su hermano no tardarían en despedirse, esperó á que esto sucediera para aparecer ante su esposa, y ocultándose en la sombra de la arboleda inmediata, se abismó en sus reflexiones.

Pocos momentos después oyó abrir la puerta que daba al parque, y vió salir á la señora de Lorris y después á María apoyada en el brazo del señor Kévern. Por la dirección que siguieron comprendió que los dos hermanos, seducidos por la hermosura de la noche, regresaban á pié al Pabellón, y que, á juzgar por las apariencias, la señora de Rias solo les acompañaría hasta la verja del parque. Dejó, pues, que se alejaran, y luego se deslizó tras ellos, con objeto de encontrarse con su mujer cuando volviese al castillo. La casualidad le presentaba al

fin, la ocasión de tener una entrevista á solas con María, pero en tales instantes algo inexplicable parecía turbar el placer de aquel encuentro que tanto había deseado.

A la señora de Rias la distinguió á larga distancia, mucho antes de que ella pudiese verle: estaba protegido por la franja oscura que los árboles proyectaban sobre el borde del camino, mientras ella avanzaba por la parte iluminada, absorta en sus pensamientos: caminaba lentamente, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Muy cerca del sitio en que estaba Lionel había un banco rústico, sobre el cual la joven se dejó caer, como apesgada: después ocultó su rostro entre sus manos y empezó á llorar amargamente.

Ante aquella singular escena, la primera y repentina impresión de Lionel fué un dolor agudo y glacial que penetró hasta sus tuétanos: no era amado, y la proximidad de su regreso motivaba aquellas lágrimas misteriosas... Tal fué la idea torturadora que se le ocurrió, pero que se obscureció instantáneamente, como un relámpago. Tenía mucha confianza para que pudiese perderla toda en un solo golpe. Seis meses hacía que le aseguraban que su mujer le amaba como antes, que solo pensaba en agradarle, que todos sus afanes convergían en este único empeño, y todas sus abnegaciones y todas las reformas de su vida. Ella misma se lo había dicho en su última carta, y bien pronto se persuadió de que su repentina desconfianza era tan injusta como ingrata. La señora de Rias lloraba fácilmente, como todas las mujeres,

y tal vez cedía en aquel momento á una crisis de nostalgia nerviosa. Acaso fuese aquella su última pena por los placeres que le sacrificaba, y su dolor daba nuevo realce á su meritorio sacrificio...

Para sustraerse á nuevas quimeras, salió precipitadamente de la parte sombría del bosque en que se hallaba y se dirigió hacia el banco rústico siguiendo por el lado mejor iluminado del camino. El ruido de sus pasos hizo que la señora de Rias levantara la cabeza: Lionel la saludó amistosamente con la mano y empezó á decir alegremente y desde lejos:

—¡Lo que acabo de hacer le parecerá infantil... he querido sorprenderla á usted!...

Ella se enjugó los ojos precipitadamente y salió á su encuentro; él la cogió por las manos, pero, sintiendo que temblaba, exclamó:

—¡Por Dios, querida mía, soy un torpe!... ¿La he asustado á usted?...

—Sí, un poco, murmuró ella; estaba tan agena de verle... Mire usted, estoy temblando...

—¿Pero, no me abraza usted, María?

—¡Perdón!

Y le presentó la frente.

Después de aquel ceremonioso recibimiento, muy diferente de las efusiones que el señor Rias esperaba, regresaron juntos al castillo. Pasado un momento de angustioso silencio, ella empezó á preguntarle súbitamente y con una especie de excitación febril, acerca de los incidentes de su viaje, de la travesía, de las horas de los trenes y de los

buques; después y en el mismo tono habló de sus hijos, encomiando sus progresos y los alardes de su inteligencia temprana. Hacía un momento que se acostaron, pero no creía que estuviesen dormidos.

En cuanto llegaron al castillo, María le llevó á su cuarto; los dos niños estaban profundamente dormidos y Lionel no quiso despertarles, contentándose con lanzarles una mirada dulce y triste.

Luego bajaron al salón, adonde llegó en seguida la señora de Fitz-Gerald, con su cofia de dormir; y después de lanzar algunos gritos de sorpresa, abrazó á su yerno, habló disculpando la inconveniencia de su traje y se retiró discretamente.

Una vez solos, no tardó el señor Rias en apercibirse de que, aunque la joven contestaba á sus preguntas y á sus cariñosas palabras con cierto regocijo, parecía, no obstante, muy distraída y preocupada, su aparente alegría espiraba en medio de pausas glaciales, y conforme la noche iba pasando Lionel advertía en sus ojos una expresión innegable de malestar, de inquietud y hasta de angustia. El mismo concluyó por sentirse disgustado y cortó la conversación poniéndose de pié.

—¿Mi cuarto estará preparado, no es cierto, querida mía?

—¡Sí, sí, sí... ciertamente!

Y sin querer, suspiró.

Estaba parada delante de él, sonriente y ruborosa: Lionel la miró á los ojos y ella se sonrojó.

—¡Buenas noches! murmuró él.

Y estrechándola la mano friamente salió del salón.

Apesar del cansancio consiguiente á un día de viaje y de emociones, el señor Rias ni siquiera trató de descansar, y empezó á pasear por su habitación durante horas enteras, en un estado de ánimo digno de piedad. El desengaño más completo y más amargo sucedía á las placenteras ilusiones en que su fantasía y su corazón se habían mecido. La impresión, violenta como un rayo, que le asaltó al ver á su mujer anegada en llanto era, á no dudar, una impresión verdadera y justa. Desde aquel momento la verdad surgió ante sus ojos con implacable claridad, inundándole con su luz cruel. Repasaba en su cerebro calenturiento todos los incidentes y detalles de aquella penosa noche; con ellos relacionaba datos dispersos recogidos en la correspondencia de la señora de Lorris, y en seguida los asociaba interpretándolos después con espantosa lucidez. No creía que la señora de Lorris le hubiese engañado y burlado á su antojo, y que la conversión de María y la transformación de sus gustos y costumbres hubieran sido meras invenciones... No, la señora de Lorris no le había engañado, pero, sin saberlo, solo le había dicho una parte de la verdad. Era cierto, en efecto, que la señora de Rias estaba curada de su locura mundanal, que daba á su vida un empleo más serio, más inteligente y más digno, y que se había dedicado, con verdadero ahinco, á la educación de su corazón y de su inteligencia; era cierto, también, que todo esto lo hizo por agradar al hombre á quien amaba...; pero el hombre que ella amaba no era él... era el señor Kévern... Y esto era, precisamente,

lo que la señora de Lorris no le dijo, probablemente porque lo ignoraba, cegada por su honradez, su candor y la confianza idolátrica que tenía en su hermano, á quien asoció á su obra sin sospechar la parte equivocada que acaso pudiese representar.

Tal vez en medio de las agitaciones de aquella noche dolorosa, Lionel Rias se prodigó á sí mismo reflexiones tardías llenas de reproches amargos, porque, al fin, lo que Kévern había intentado y logrado, debió intentarlo y conseguirlo él: él había sido amado como el otro lo era entonces, había sido dueño de aquel corazón tan capaz de apasionamientos y de sacrificios, pero no usó de aquel poder y otro se lo había arrebatado.

No era la primera vez que, en el trascurso de su vida, encontraba el señor Rias á esos sabios predicadores que se erijen en directores de virtudes ajadas, y que casi siempre las salvan para perderlas después mejor; sabía también que la mayor parte de esos austeros consejeros son peligrosos hipócritas, y que los que no son hipócritas suelen resultar más terribles aún.

¿A cuál de estas dos categorías pertenecía el señor Kévern?... era cosa que á Lionel importaba muy poco. De lo que ya no dudaba era de que Kévern le había usurpado su puesto en el corazón de su mujer y hasta en el alma de sus hijos; lo que bastaba para que le jurase odio mortal y se propusiera vengarse de todo lo que estaba haciéndole sufrir. En este pensamiento vislumbró una esperanza, una solución, y al fin pudo conciliar el sueño cuando ya apuntaban las primeras claridades del nuevo día.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Año 1913

XIV

Lionel Rias trazó, al despertar, su plan de conducta. Para tener derecho á dejar estallar las pasiones que le animaban, necesitaba substituir las simples sospechas con pruebas irrefutables, lo que únicamente conseguiría procurando no inspirar á los culpables la menor desconfianza, para lo cual resolvió afectar una libertad y un sosiego perfectos. Sus ademanes fríos y corteses le facilitaban desde luego este papel, ahorrándole muchos disimulos difíciles.

Desde aquel primer día tuvo el dolor de ver confirmadas sus aprensiones por más de un detalle. El más concluyente y lancinante fué el irreflexivo

testimonio de sus hijos. Hablando con ellos, cuando les preguntaba acerca de sus ocupaciones y divertimientos durante su ausencia, el nombre de Kévern era repetido continuamente por sus labios, delatores inocentes: aquel nombre estaba ligado á todos sus recuerdos, á sus relatos, á sus estudios, á sus juegos y cada pormenor de su vida cotidiana. La señora de Rias, por el contrario, solo lo pronunciaba de tarde en tarde y siempre con timidez, como si el señor Kévern hubiera sido un extraño ageno á las intimidades de la casa, mientras que, juzgando por lo que los niños decían, era el huésped y compañero asiduo de la familia.

Lionel quiso ir aquel mismo día á ofrecer sus respetos á la señora de Lorris y al señor Kévern. Este le recibió con perfecta cordialidad: en cambio, el semblante y la actitud de la señora de Lorris constituyeron nuevos síntomas acusadores. En el estado de relaciones con Lionel, después de la correspondencia que con él había sostenido y tras el buen éxito de sus gestiones, era natural que aquella agradable señora le dispensase un recibimiento cariñoso y franco. Sin embargo, la halló recelosa y turbada; tenía los ojos inquietos y una nube de tristeza en la frente, y creyó que ella también había sorprendido la verdad y que aquello la preocupaba en su corazón y en su conciencia.

Durante los tres ó cuatro días siguientes, los huéspedes del castillo y los del Pabellón continuaron, cediendo á las reiteradas instancias de Lionel, viviendo en estrecha intimidad, y almorzando ó

comiendo los unos en casa de los otros; pero, apesar del ingenio y gracejo que por cuenta propia derrochaba el señor Rias en estas reuniones cotidianas, reinaba en ellas algo indiscutible de ansiedad y de inquietud. El señor de Kévern, á despecho de su calma aparente, era desconfiado y suspicaz. La señora de Rias, unas veces agitada, otras abatida, siempre pálida y enfermiza, parecía apesgada bajo la carga de un disimulo que excedía con mucho á sus fuerzas y tal vez á su lealtad. Ella misma comprendía que estaba delante de su marido con una torpeza comprometedora, y evitaba cuidadosamente encontrarse frente á frente con Kévern; pero, sin querer, le seguía con la mirada y sus ojos la vendían. En cuanto á la señora de Lorris parecía cada día más triste, y espiaba á Lionel con furtiva atención, como si hubiese sospechado su clarividencia, y tenía con su prima cuchicheos frecuentes en sus habitaciones, de las que salían con los ojos enrojecidos por las lágrimas. ¿Era, pues, su confidente, su cómplice? ¿Podía extremar su ciego cariño hacia su hermano hasta el punto de proteger sus amores, ó luchaba, por el contrario, por recordarle á la señora de Rias su buen juicio y su deber?

Sea como fuese, era indudable que para todos, excepto para la excelente señora de Fitz-Gerald, el señor Rias había hecho muy mal volviéndose de Inglaterra para representar en su propia casa el papel de intruso importuno.

Lionel esperaba con una impaciencia trágica el momento de resolver violentamente aquella situa-

ción insostenible, cuando la casualidad se lo presentó. Atormentado desde su regreso por el insomnio, tenía la costumbre de quedarse velando hasta muy tarde en su dormitorio, aún después de haber apagado las luces. En la quinta noche que siguió á su llegada al castillo, oyó, alrededor de la una de la madrugada, que crugía sigilosamente una de las puertas que daban al parque. Momentos después vió que una sombra blanca y elegante pasaba por debajo de sus ventanas y que deslizándose como un fantasma desaparecía en las tenebrosas profundidades de una alameda. Una especie de dolorosa satisfacción contrajo instantáneamente los labios del señor Rias. Su primer impulso fué coger una caja de caoba que guardaba dos pistolas; pero después reflexionó, arrojó violentamente las armas sobre un sofá, salió de su habitación y bajó al parque.

La dirección seguida por la señora de Rias era un indicio que equivalía para él á una evidencia. La avenida oblicua en que ella se había internado desembocaba en una de las extremidades del parque colindante con los bosques del señor Kévern. Las dos propiedades estaban separadas por un camino hondo y muy poco frecuentado, ni aún durante el día, y allí era adonde iba María, si su excursión tenía el propósito que Lionel imaginaba. En vez de seguirla atajó por un sendero de cazadores que atravesaba el monte y cortaba mucho terreno. Fiaba en su experiencia y en sus instintos de cazador para conocer las revueltas á despecho de las tinieblas, pero tropezó con dificultades que no había previsto, y la agitación de su ánimo y el

ahinco de su persecución, contribuyeron á extrañarle más de una vez,

Mientras avanzaba trabajosamente á través de los matorrales acudió á su memoria un extraño recuerdo; pensaba en el paseo de enamorado que dió un día, la misma víspera de su matrimonio, por aquellos bosques y por aquel mismo camino, con la señorita de Fitz Gerald; y el contraste entre los sentimientos que entonces le embriagaron el corazón y los que en aquel momento le torturaban, le hizo experimentar un agudísimo dolor.

De pronto, se detuvo, sorprendido por el eco de una voz y de unos sollozos que llegaron hasta su oído turbando el silencio solemne de los bosques y de la noche. Entonces se alebró, apartó el follaje y continuó arrastrándose sin ruido como el indio cazador que acecha. Estaba al borde del camino hondo, cuya relativa claridad le permitía ver dos sombras que caminaban juntas y lentamente: eran la de la señora de Rias y la del señor Kévern. Contuvo la respiración, y hasta hubiera querido suspender el latido de sus arterias para escuchar mejor... pero la conversación entre ambos debía de estar concluyendo, porque únicamente cambiaban algunas palabras y en voz muy baja. La señora de Rias se llevaba á cada momento el pañuelo á los ojos. De repente Kévern se detuvo, la contempló en silencio y la estrechó apasionadamente contra su corazón.

Una nube de sangre pasó por los ojos de Lionel, cegándole durante algunos segundos. Cuando pasó aquel vértigo y pudo recobrar el dominio de sí mismo, Kévern y la señora de Rias habían desaparecido.